José Ricardo Morales:

"El Hombre en Su Esencialidad No Cambia"

Por Sonia Quintana

● Hace más de cincuenta años que se radicó en Chile, donde ha escrito casi toda su obra, que suma más de treinta volúmenes. En España, su patria de origen, acaban de concederle el Premio García Lorca, que se otorgó el año pasado a Rafael Alberti. Dramaturgo y catedrático, José Ricardo Morales abordó temas del pasado, presente y futuro con "Artes y Letras".

José Ricardo Morales: "Yo digo que mi obra no pertenece al mundo del absurdo, sino al absurdo del mundo, cosa muy diferente. Este teatro, claro, no es un teatro de pasiones. Estas le llaman a uno al mundo de la elementalidad".

EL reconocimiento al trabajo intelectual, si bien suele tomar su tiempo, para algunos, sin embargo, llega. El dramaturgo y catedrático José Ricardo Morales, nacido en España y radicado en Chile desde 1939, se encuentra aún conmovido por el reciente otorgamiento del Premio García Lorca, que el año pasado recibió Rafael Alberti, y que concede un jurado compuesto por relevantes figuras del pensamiento español.

"Fue inesperado, porque éste es un premio para el que no se concursa. En mi trastienda hay más de treinta obras escritas y muchas estrenadas, especialmente en Canadá, Estados Unidos y España. Esto indica que van conociéndome —dice sonriendo—. Me alegra que el premio lleve el nombre de García Lorca, porque su obra es enormemente valiosa y porque le conocí siendo muchacho, cuando llegó a Valencia a presentar *Yerma*. Era muy ocurrente, simpático, deslumbrador".

—¿Cómo considera que ha sido la receptividad que ha encontrado su labor en Chile?

—En lo que respecta al teatro, ha sido relativamente escasa, siendo optimista. En lo que concierne a mi trabajo universitario, en cambio, he obtenido un gran respaldo. El Pen Club me dio el premio en el año 70 por la totalidad de mi obra, y tuve la beca de la Fundación Guggenheim, que se dio en mi caso por primera vez a un dramaturgo chileno. También fui el primer exiliado español elegido como miembro de la Academia Chilena de la Lengua.

—¿Tiene doble nacionalidad? Es decir, ¿es un chileno nacido en España?

—Sí, soy un chileno voluntario; porque, ¿qué más puede deber uno en la vida que la vida misma? Le debo mi vida a Chile, y con ella mi obra. Mi raíz pensante está aquí, porque antes de mi venida se había estrenado en España una sola obra mía: *Burlilla de Don Berrendo*, que se volvió a representar hace poco y no sé por qué, pero opinaron que sigue siendo teatro de vanguardia.

—Una persona acostumbrada a las precisiones como usted, ¿qué diferencias establece entre fama, prestigio y reconocimiento?

—Sostengo que la fama significa dar que hablar, y no es mucho más que eso. Fama quiere decir exactamente "ir entre lenguas", en el buen o mal sentido. El prestigio es también engaño. Así es que la búsqueda de prestigio implica fachada nada más. Lo importante es el reconocimiento en un sentido absoluto, porque quiere decir conocer de nuevo a alguien, conocerlo a fondo. Esto es lo que importa.

Afirma que su vocación de dramaturgo surgió en la adolescencia, teniendo como cauce su incorporación en el Teatro "El Búho", que dirigía Max Aub, en Valencia.

"Allí aprendí lo correspondiente a montaje, dirección, actuación, y al mismo tiempo los conocimientos relacionados con los problemas que plantea el teatro en su representación", explica.

Licenciado en Historia, estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Valencia, y cuando le faltaban sólo cuatro asignaturas, su vida y su carrera fueron bruscamente interrumpidas.

"La guerra comenzó cuando yo tenía veinte años. Fue una experiencia traumática, pavorosa. Perdí amigos y compañeros, y tuve que afrontar una responsabilidad enorme porque me tocó dirigir una brigada con aproximadamente cuatro mil hombres. Yo de la guerra no he hablado nunca. Ni siquiera he escrito, aun cuando muchas veces me han dicho que lo haga... Tal vez ésa sea una de las razones por las que no soy novelista. Pero bien, la experiencia de la guerra le hace a uno apartarse de todo lo que sea negativo, violento o se relacione con la muerte.

—¿Se toma entonces un partido consciente por la vida?

—¡Absoluto! ¡Absoluto! Con un dolor terrible, porque hay en esto una conciencia de la pérdida del paraíso.

—¿Cómo fue que tomó rumbo a Chile?

—Después de la guerra muchos fuimos a parar a campos de concentración en Francia. Yo estuve algún tiempo en Saint-Cyprien y Marsella. Luego dijeron que en Chile necesitaban especialistas en investigaciones bioquímicas, y como ése era el trabajo de mi padre, entonces, pues, vinimos toda la familia. Tenía yo 23 años.

Aquí se dio a la tarea de recuperar el tiempo perdido y terminó sus estudios de Filosofía y Letras, especializándose en Teoría e Historia del Arte y de la Arquitectura. Se incorporó de lleno a la vida chilena y está entre los fundadores del Teatro Experimental de la Universidad de Chile, donde dirigió la primera obra estrenada: *Ligazón*, de Valle Inclán, en 1941.

—¿Qué ventajas ha encontrado en el teatro como género para expresar sus planteamientos?

—Bueno, yo soy de naturaleza polémica. El "polemos" es una batalla que se hace con la inteligencia. La descripción, en general, me aburre. Me interesa más crear estados de crisis, situaciones límites, juzgar el mundo en que estoy. El teatro, además, me permite desdoblarme, incluso tener una actitud que no llamaré hipócrita, pero que es vecina en el sentido que hago hablar a personajes que dicen lo contrario de lo que pienso, y cuando dicen lo que pienso, no parece que fuera yo el que lo dice.

—¿El teatro implica desarrollar una mayor capacidad de juego que otros géneros?

—Sí, pero todo el arte supone juego. Lo importante es que no sólo hay que jugar, sino que jugarse. Es decir, hay que tener una posición ante el mundo y defenderla.

En las afirmaciones de José Ricardo Morales está siempre implícita una exigencia ética. Esto no impide que desarrolle un particular sentido del humor que a menudo subraya el fondo de sus planteamientos.

"Estimo que el escritor o el artista no pueden considerarse propiamente tales tan sólo porque en sus obras manifiesten determinadas aptitudes expresivas o formales, sino, sobre todo, porque mediante esas posibilidades

Existen los partidarios del mundo hispánico y hay otro prurito, igualmente anacrónico, que es el indigenismo. Creo que ninguno es válido en un sentido absoluto. Un país está constituido por una suma y no por una resta. Una suma de afluencias y corrientes de toda índole, no sólo étnicas, sino que también culturales.

lograron forjar un mundo reconocible y diferenciado", expresa.

—¿Está de acuerdo con quienes han situado su obra dentro del mundo del absurdo?

—Yo digo que no pertenece al mundo del absurdo, sino al absurdo del mundo, cosa muy diferente. Este teatro, claro, no es un teatro de pasiones. Estas le llaman a uno al mundo de la elementalidad. La tragedia es un mundo muy elemental. Al contrario, uno se encuentra con que la farsa o la comedia corresponden al mundo de la inteligencia, formulado en función de ironía, y la ironía siempre implica un desdoblamiento, un juego, un decir algo como si no se dijera. El teatro acude a la inteligencia de la persona.

Es para mí el arte que está más cerca de la filosofía. Platón hizo muchos diálogos que son francamente dramáticos.

Los clásicos y la esencialidad del hombre

Las palabras bien moduladas, los conceptos en orden, los modales gentiles, hacen de José Ricardo Morales una especie de prototipo del caballero español.

"Más que métodos, tengo hábitos —confiesa—, porque las ideas se producen en cualquier lugar y hora. Hay un tiempo de la creación que es un tiempo mítico y está fuera del tiempo corriente".

Analítico, busca y encuentra en la lógica los fundamentos de sus aseveraciones. Sobre la vigencia permanente de los clásicos, dice:

"Clásico es precisamente el que tiene vigencia y tiene una consistencia que radica en lo que es esencial en el ser humano. Si Edipo Rey, Fuenteovejuna, Hamlet, están vigentes, es porque en estas obras se encuentran revelados aspectos esenciales de lo que el hombre es. Eso permite que se mantengan por encima del tiempo, porque el hombre en su esencialidad no cambia".

—¿Cuáles son los temas que le preocupan y de qué manera están abordados en su obra?

—En una primera fase se delata más bien la pérdida del hombre en su mundo. El hombre «se encuentra-perdido». Esto parece una paradoja, pero yo tenía esa sensación por haber sido un desterrado. Y resulta que el hombre es un desterrado. En los mitos de muchas religiones está la idea del destierro y la nostalgia del paraíso persiste. Esa sensación de tener que hacerlo todo a partir de casi nada, es la que doy en mis primeras obras. En una segunda fase presento al hombre destrozado por su propio mundo, que es esa reversión de la técnica sobre el hombre. Este se puede convertir en cosa, en material, en objeto. Tengo tres obras, que se titulan *La cosa humana*, *El inventario* y *El material*. Son denuncias de un mundo actual, pero lo que pasa es que casi nadie tiene presente este mundo presente. Hay otras dos etapas en cuyas obras defiendo la libertad del hombre. Corresponden al volumen *Teatro en libertad*, que se publicó en España. Por último he escrito el libro *Españoladas*, en el que denuncio los abusos de poder, los cuartelazos, las intolerancias, las censuras, las inquisiciones, que parecen ser un repertorio de la España ancestral, pero que tal vez hayan pasado a América.

—Como español y como chileno, ¿cuál es, a su juicio, el aspecto más relevante que se debe destacar dentro de la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, considerando que existen diversos enfoques sobre este hecho?

—El hecho más relevante es que se produzca algo nuevo en la interpretación de ese hecho. Para mí no es que haya un caudal inmenso de erudición minúscula que me revele algunos aspectos reducidos de lo que significa esto, sino que «se esté a la altura de las circunstancias», como decía Ortega, y que se aporte algo decisivo. Me parece que si se habla de descubrimiento, es por tratarse de una incorporación de un mundo al otro. Existen, claro, los partidarios del mundo hispánico y hay otro prurito, igualmente anacrónico, que es el indigenismo. Creo que ninguno es válido en un sentido absoluto. Un país está constituido por una suma y no por una resta. Una suma de afluencias y corrientes de toda índole, no sólo étnicas, sino que culturales. Restar, dividir o menoscabar lo que han hecho nuestros antepasados no hace bien a nadie. Al fin y al cabo, se puede decir que si la cultura hispanoamericana tiene validez, es porque entre las colonizaciones ha sido la que culturalmente, sea por las razones que sean, ha aportado más, y tenemos un arte colonial muy fuerte que no tienen los ingleses, ni los holandeses, ni los franceses, y eso requiere una meditación. Pienso que si no hay incorporación de un mundo a otro no hay un auténtico descubrimiento.

—Ese criterio tan generalizado de situar a las ciencias en un lado y a las humanidades en otro, como si fueran antagónicas, ¿le parece que se está modificando? De ser así, ¿qué papel tienen las universidades en la aceleración del cambio?

—Eso corresponde al prurito que algunos tienen de concebir a la ciencia en tanto ciencias de la naturaleza o ciencias físicas, como lo más complejo que puede hacer el hombre. Pero lo más complejo que puede hacer el hombre es pensar y pensarse. El hombre es más complejo que el átomo, y en este caso el grado de complejidad que suponen las ciencias humanas corresponde a que yo tengo que convertirme en objeto, siendo sujeto, y entonces me desdoblo convirtiendo al sujeto en objeto de conocimiento. Las ciencias son humanidades, y lo más importante es transferir experiencias de un campo a otro, no considerando que el otro campo es anticuado. Yo trabajo en un Centro de Estudios Humanísticos de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, sencillamente porque han tenido conciencia de que en una universidad se forman personas, y esas personas para servir a un mundo han de tener una comprensión de ese mundo. Actualmente ésta es la tendencia imperante. Ahora se habla mucho de tecnología, pero esa tecnología implica técnica, o sea, «disposición productiva», como dice Aristóteles, y agrega: «acompañada de razón verdadera». La técnica no es tecnología si no tiene un pensamiento que la legitime, y ese pensamiento está fuera de la técnica, está sobre ella. Pensamos sobre las cosas. Los griegos Platón y Aristóteles, cuando proponen la técnica, lo hacen como tecnología. Hoy hablamos mucho de tecnología, pero tenemos una técnica sin «logos». Ese es el problema, porque el «logos» es precisamente el razonamiento o fundamentación exclusivamente humano o humanístico.

José Ricardo Morales emplea a fondo el tiempo mítico. Está preparando una obra sobre Colón, para la que ya tiene editor, y en lo que se refiere a la teoría del arte revisa un volumen de cuatrocientas páginas, titulado *Mimesis dramática*.

El próximo 14 de octubre, en la casa donde nació García Lorca, en Fuente Vaqueros, provincia de Granada, recibirá su reconocimiento: "Por haber sido el primer autor español que ha encarado, en términos dramáticos —según destaca el crítico y miembro del jurado, José Monleón—, el carácter incoherente y absurdo de la condición histórica del hombre occidental".